

25 ANIVERSARIO DE PROFESIÓN DEL P. JOAN M. MAYOL
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
11 de septiembre de 2018
1Sam 3, 1-10; Sal 39; Flp 3, 8-14; Jn 15, 9-17

Aquí estoy [...]. Habla, que tu siervo escucha. Estas palabras del joven Samuel que hemos escuchado en la primera lectura, sintetizan –queridos hermanos y hermanas- la actitud del creyente ante la llamada que Dios le hace. Hemos podido constatar que era, también, la misma actitud que tenía el autor del salmo que hemos cantado, cuando decía *aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad.* Y es, sobre todo, la actitud de Jesucristo que ya desde los inicios de su venida al mundo dice, según la carta a los Hebreos: *me has preparado un cuerpo; como está escrito en el libro, Dios mío, vengo a hacer tu voluntad* (cf. He 10, 3-10).

Disponibilidad a escuchar y poner en práctica la Palabra de Dios. San Pablo, en la segunda lectura, centraba en Jesucristo esta actitud del creyente que se quiere disponible en el querer de Dios y lo aplicaba a su existencia. Afirmaba que lo había dejado todo porque su deseo era *conocer a Cristo* e identificarse con él. Se trataba de una tarea que duraba toda la vida, pero el apóstol era consciente de que Jesucristo ya se había apoderado de él. Este es el resultado de decir a Dios *aquí estoy; habla que tu siervo escucha*: Dios te revela su Hijo (cf. Gal 1, 16) y su Hijo te toma en su corriente de amor. De aquí, viene un conocimiento espiritual, una relación personal, íntima, de amistad.

Lo hemos escuchado en el evangelio; Jesús afirmaba: *Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor* porque vosotros sois mis amigos. Cuando Pablo decía: *Jesucristo se apoderó de mí*, afirmaba lo mismo que Jesús, pero visto desde otra perspectiva: *No sois vosotros los que me habéis elegido. Soy yo quien os he elegido.* Esta elección de cara a la amistad, conlleva, según el evangelio que hemos escuchado, tres cosas: un deber, una confianza y una misión. El deber es perseverar en *el amor* que él nos tiene y por ello poner en práctica *sus mandatos* y de un modo particular el del amor fraterno. La confianza viene de que el Señor dice que corresponderá a nuestro amor y a nuestra amistad y acogerá nuestra oración. Y la misión es ser testigos en nuestro entorno y *en todas partes* del amor de Jesucristo y del fruto que este amor da en los que creen en él.

El amor fraterno, desde la perspectiva cristiana, no se limita sólo a los familiares y amigos o en las personas que comparten nuestra fe. Se extiende a toda la humanidad, a cada persona que tenemos cerca o lejos. Este amor, hoy, en la Diada Nacional, nos impulsa a trabajar y a rezar por Cataluña, para que pueda superar, según los principios de la justicia y el respeto al otro y de acuerdo con los mecanismos democráticos, las graves dificultades actuales, dificultad aumentada por el hecho de haber políticos y dirigentes sociales en prisión o en el extranjero. Pero, al mismo tiempo, también debemos trabajar y rezar para que no se pierda el clima de respeto y de convivencia que desde hace muchos años ha habido en la sociedad catalana. Es importante que nadie se deje llevar por el apasionamiento o la agresividad y que todos contribuyamos a hacerlos mermar puesto que aparecen de vez en cuando. Al contrario, hay que respetar las ideas de los que piensan diferente, y tratar de comprender sus razones. Entonces, a través de un diálogo sincero y respetuoso, se podrá llegar a encontrar los mecanismos adecuados para afrontar de una manera razonable los diversos aspectos del presente y del futuro de nuestro país.

Aquí estoy [...]. Habla, que tu siervo escucha; lo decía Samuel, lo decía el salmista, lo decía sobre todo Jesús. La conciencia de ser escogidos por Dios, la voluntad de corresponder con una disponibilidad plena, la vivencia espiritual de la amistad con Jesucristo, están en el origen de la vida monástica. Una vida que arraiga profundamente en la elección radical que Dios hizo de nosotros en el bautismo, cuando Cristo se apoderó de nosotros. Quien, tras el discernimiento correspondiente, se siente llamado a la vida monástica, quiere escuchar con gozo la Palabra de Dios, corresponder con amor y poner toda su vida al servicio de la misión que Jesucristo le ha confiado. Y, a través de este proceso, irse identificando cada día más con él.

El monje sabe que todo esto no es posible si cuenta sólo con sus solas fuerzas. Sabe que tiene que pedir "con oración bien insistente" (cf. RB Prólogo, 4) que el Señor le ayude y lo sostenga. Se sabe llamado. Pero sabe que sólo puede responder si se le ha hecho el don. Lo expresa muy bien el canto de la profesión: "Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré, y no permitas que vea frustrada mi esperanza" (Sal 118, 116; RB 58, 21). La Palabra divina le dice que ha sido llamado y le promete la vida eterna, pero la debilidad le hace temer que no pueda lograrlo. Por ello, con la confianza que le da la Palabra divina misma, se entrega totalmente al amor de Dios y une su entrega a la de Jesucristo que dijo: *me has preparado un cuerpo; como está escrito en el libro, Dios mío, vengo a hacer tu voluntad* (cf. Heb 10, 3-10). Y lo renueva en cada eucaristía. Para que los monjes lo recordemos siempre, estas palabras del canto de profesión están grabadas delante del altar. Y son, también, una invitación a quienes participan en la oración de la comunidad a confiar en Dios que nos acoge, a tomar como fuente de vida su Palabra y mantener firme la esperanza.

Hoy, en el 137 aniversario de la coronación canónica de la imagen de la Virgen y de su patronazgo sobre Cataluña, el P. Joan M. Mayol, a los veinte y cinco años de haberse entregado al amor de Dios en la vida monástica como fruto del don recibido en el bautismo, renueva su donación. Renueva en su interior, la voluntad de estar disponible a la llamada como Samuel, como el salmista, como Jesús: *aquí estoy; habla que tu siervo escucha*. Esta renovación no implica sólo su donación a Dios sino también su donación a la comunidad de monjes y al servicio de los demás, de una manera particular, por razón de la tarea que tiene encomendada, a los peregrinos de nuestro santuario, a los miembros de la Cofradía de la Virgen de Montserrat y a la pastoral de los santuarios de Cataluña y Baleares. Llémoslo todos en la oración para que el Señor, por las oraciones de Santa María, lo continúe bendiciendo en su vida de monje y en su servicio a los demás, porque, como dice el salmo, pueda continuar *caminando gozosamente entre quienes viven en la presencia del Señor* (Sal 114, 9).